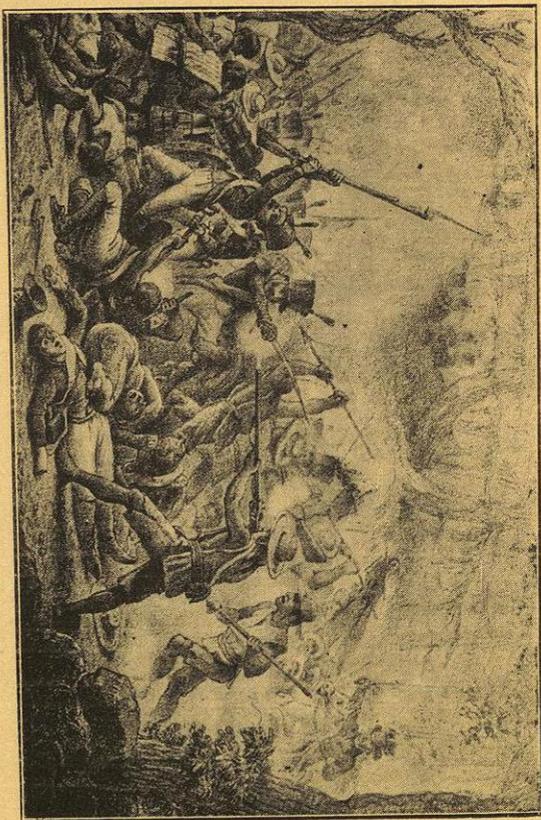


Batalla en el Monte de las Cruces.



## LAS CRUCES.

Valladolid, que hoy lleva por nombre el de Morelia, recordando al ilustre campeón de la independencia mexicana, que allí vió la luz, el 30 de Septiembre de 1765, se llamó así en memoria de la ciudad de España, cuna del primer Virrey de México, Don Antonio de Mendoza, en cuya administración se fundó, en el lugar denominado Guayanareo, "loma chata," el año de 1540.

Asiento de las primeras labores en favor de la emancipación, pues sabido es que en 1809 se trabajó en ese sentido por Don José Mariano Michelena, José María García Obeso, Manuel Ruiz de Chávez, Fr. Vicente de Santa María, y otros, y centro de ciencias y virtudes, considérase como una de las principales poblaciones de nuestra República, en donde al fuego del patriotismo, adúnanse la cultura y el trabajo de sus buenos habitantes.

El 17 de Octubre de 1810, fué recibido en Valladolid el egregio Cura de Dolores con marcadas muestras del más vivo entusiasmo. Reforzó allí su ejército con nuevos contingentes, y el 19 del propio mes abandonó la ciudad en la que un tiempo viviera, sirviendo el delicado puesto de Rector del antiguo é importante colegio que hoy lleva su nombre.

En Acámbaro—lugar de magueyes, en idioma tarasco—pasó revista á sus tropas, que se elevaban ya al crecido número de ochenta mil hombres. Allí también se le dió el título de Generalísimo, y Allende recibió el de Capitán general. En seguida marcharon los insurgentes á Toluca, no sin pasar antes por Maravatío, Tepetongo é Ixtlahuaca.

Los inmarcesibles laureles de la victoria esperaban á los libertadores en el Monte de las Cruces, sitio denominado así por el gran número de ellas, que recordaban el paso de los bandidos y el horrible fin de pobres é indefensos caminantes.

En las primeras horas del día 30 de Octubre de 1810 inicióse el sangriento combate, midiendo sus armas el ejército del Cura de Dolores y la división al mando del Teniente Coronel Don Torcuato Trujillo, enviado por el Virrey Venegas, y en cuya división figuraban, Don José Mendivil, Don Antonio Bringas y Don Agustín de Iturbide.

Caía la tarde cuando la acción tocó á su fin, causando en los patriotas hijos de México mucha sangre y muchas vidas. Aquí y allá, sobre el campo de la lucha, miráronse diseminados los cadáveres de los valientes, cuyos nombres habían de desaparecer, víctimas del olvido; pero cuyas virtudes abonarían más y más la causa redentora, y servirían de noble emulación á los futuros adalides en el extenso campo de la insurgencia.

En tan señalado encuentro, dió evidentes pruebas de patriotismo y de pericia militar, pruebas de patriotismo y de pericia militar, cipales caudillos, á quien estuvo encomen-

dada la dirección del combate; estando á punto de ser tomada por los vencedores la capital de la entonces Nueva España.

Derrotado y perseguido por los victoriosos, el jefe realista Trujillo abandonó el lugar de la campaña, no sin haber antes manchado su nombre dando oídos á las palabras de sus compañeros que le aconsejaban el avenimiento, y disparando á quemarropa sobre los parlamentarios y su séquito que, sin asomo de desconfianza, acudieron en busca de favorables proposiciones.

“Si se considera—dice Don Julio Zárate—la indisciplina del ejército independiente; si se tiene en cuenta que entre aquellas numerosas masas apenas habría mil hombres medianamente armados; si se recuerda que la división realista poseía todos los elementos de guerra de que sus contrarios carecían y que fué totalmente destruida, y se tiene presente el valor heroico de los indios, arrojándose á pecho descubierto contra los cañones y las filas de las tropas del Rey, este combate será de justa y eterna fama en México, y su nombre timbre de legítima gloria para los descendientes de los que en ese tormentoso día pelearon por la independencia de la patria.” (1)

El encuentro en las Cruces llenó de gloria á los heroicos defensores de la autonomía nacional, augurándoles para el futuro una serie no interrumpida de salvadores triunfos. Sin embargo, la suerte no había de favorecer mucho tiempo á los caudillos; que la época de las calamidades y del acerbo dolor no tardaría en presentarse como fan-

(1) “México á través de los siglos.” Tomo III, pág. 142.—N. del A.

tasma cruel de la desventura en medio del regocijo que los acompañaba. Pero, tras de la desventura adivinábase el martirio, y en pos de ese martirio llegarían la calma y la prosperidad, como recompensa de los desvelos y justo premio de las abnegaciones. Ciertamente que el inmortal Hidalgo no tardaría en exclamar: "Bier sabía yo que los autores de grandes cosas, nunca ven su obra concluida;" pero su ejemplo y su valioso sacrificio normarían la conducta de los héroes venideros y prepararían la simiente para cosechar en el porvenir ópimos frutos. Y el porvenir de México estaba asegurado. "Sobre el glorioso escudo de la monarquía española, la mano del poder superior que transforma las sociedades, había escrito las palabras fatídicas del festín de Baltasar:

"Dios ha contado los días de tu reino y ha dispuesto darles fin.

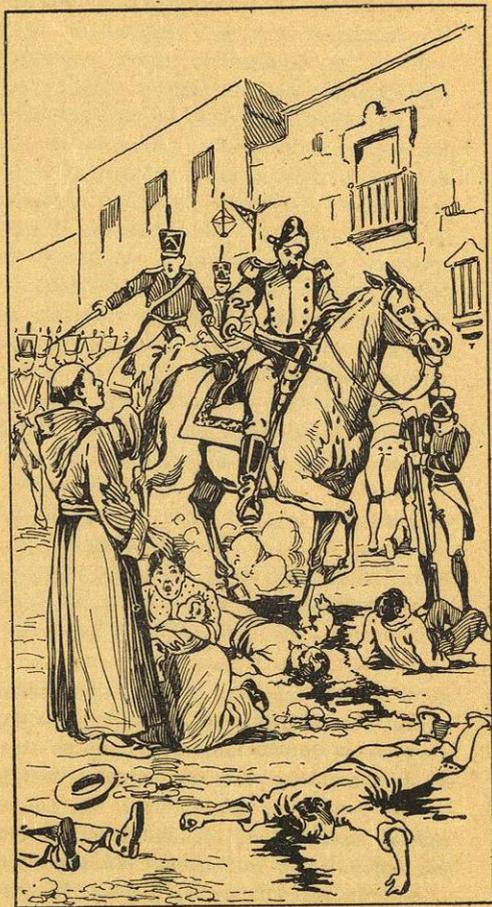
"Os ha pesado en su balanza y os encuentra por demás ligeros.

"Vuestro reino ha sido dividido y entregado á los mismos que os combaten.

"¡Ay de vosotros!" (1)

Lució para nuestro país la aurora de la bonanza, y el amor, la gratitud, las bendiciones de los mexicanos libres, se encuentran simbolizados en el severo monumento que hoy se levanta en el Monte de las Cruces, recordando la brillantísima acción ganada por los insurgentes á las tropas del Virrey Venegas, el 30 de Octubre de 1810.

(1) "Episodios Históricos Mexicanos," por Enrique de Olavarría y Ferrari. "La Derrota de las Cruces," pág. 196. Edición de Doblán y Comp., México, 1880.—N. del A.



Entrada de Calleja á Guanajuato.



## CALLEJA EN GUANAJUATO.

Frescos aún en el ánimo del Gobierno Virreinal y de sus correligionarios los sangrientos episodios de la toma de Granaditas y la derrota sufrida por Trujillo y los suyos en el Monte de las Cruces, natural era que se levantasen sombríos y amenazadores los sentimientos de rencor y de funesta represalia en aquellos que juzgaron á nuestros insignes libertadores como "la causa de los desastres, desgracias y calamidades que afligen á los habitantes todos de esta parte tan integrante de la nación española."

Después del descalabro de las fuerzas independientes en Aculco, el día 7 de Noviembre de 1810, separáronse los principales caudillos de la revolución, dirigiéndose Hidalgo á la capital de Michoacán, mientras Allende seguía el camino de la de Guanajuato, á donde llegó el 13 del citado mes, con tres mil jinetes y ocho cañones; disponiéndose desde luego á fortificar la población y sus alrededores, pues Calleja y su ejército no tardarían en presentarse.

La recepción que se hizo á Don Ignacio José Allende y sus compañeros por el vecindario de la opulenta ciudad, fué á todas

luces suntuosa y por demás significativa. En todas partes reinaba el entusiasmo; de millares de bocas escapábanse los aplausos y las bendiciones á los valientes guerreros que derramaban su sangre y ponían en peligro su existencia por el honor y la gloria del patrio suelo.

En 23 de Noviembre de 1810 acampó el ejército realista á cuatro leguas de distancia de Guanajuato, y al día siguiente dió principio el ataque á los lugares fortificados fuera de la ciudad. La acción fué reñida por ambas partes; pero la fortuna volvió la espalda á los defensores de la libertad, y Allende, temeroso de no encontrar salida una vez dueños de la situación los enemigos, abandonó la plaza y tomó el camino de Santa Rosa por la hacienda de Mellado.

A la sazón dividiéronse las huestes de los realistas en dos columnas, siguiendo la primera, con Calleja, el camino de Valenciana, y la segunda, con Don Manuel Flon, en de las alturas de San Miguel, á fin de que el decisivo ataque á la capital de la intendencia fuese de más seguros y felices resultados.

Reducido número de insurgentes, en cuyo pecho alentaba sin extinguirse el fuego del patriotismo y el indomable valor que caracterizara á los primitivos luchadores aztecas, manteníanse á la defensiva en el cerro del Cuarto, provistos de un cañón que tenía por nombre "Defensor de América." Aquel grupo de valientes vió cómo iban poco á poco acercándose los contrarios; las mortíferas balas del enemigo herían de muerte á los heroicos paladines; el estampido del cañón retumbó por última vez en las an-

fractuosidades de la célebre montaña, y uno á uno cayeron los patriotas, sellando así con su sangre redentora la bendita causa de la independencia, dando ejemplo de abnegación á los futuros héroes, haciéndose acreedores á la palma del martirio y la vida de la inmortalidad.

En tan aflictivas circunstancias no faltó un miserable, de los que por desgracia abundan sobre la tierra, que hiciese creer que Calleja pasaría á cuchillo á todos los pobladores de Guanajuato, y que á todo trance era preciso encaminarse á Granaditas y matar á los españoles que allí se encontraban prisioneros.

Punto por punto se llevó á cabo el horrible designio, que más tarde había de originar funestas consecuencias; pues sabedor Calleja de los sucesos verificados en la Alhóndiga, irritóse sobre manera, y al entrar en la población, después de su permanencia en el cuartel de Valenciana, el 25 de Noviembre del referido año de 1810, mandó tocar á degüello sin misericordia, contándose numerosas víctimas que no habían tenido ingerencia en los robos y asesinatos cometidos en el interior de Granaditas.

Otro tanto efectuóse en la columna mandada por el Conde de la Cadena, que venía del rumbo de San Miguel; pero al llegar á la plaza mayor, se presentó al jefe realista el religioso dieguino, Fr. José María de Jesús Belaunzarán, quien con un Crucifijo en las manos y lleno de unción en sus palabras desbordantes de ternura y de caridad evangélica, habló en nombre de las doctrinas y saludables consejos de Jesucristo, de la inocencia de aquellos infelices á que-

nes injustamente se iba á sacrificar y cuya sangre caería sobre las cabezas de Flon y sus soldados, á la manera de fulmínea espada de la inexorable justicia del Todopoderoso.

La sublime actitud del virtuoso sacerdote calmó como por ensalmo las iras del Conde y no poco las impetuosidades de Calleja, quien pretendía, para castigo y escarmiento de los revolucionarios, "llevar á fuego y sangre la ciudad y dejarla sepultada bajo sus escombros," ya que tantas simpatías albergábanse en su seno para los heroicos defensores del territorio mexicano

Pero aun cuando no llegó á realizarse tan inicua pretensión, no por esto dejaron de sentirse los extremados rigores del jefe realista y de su inseparable compañero en aquella tormentosa lucha, en la que día á día derramóse la sangre de los inocentes y diezmarónse las existencias de los buenos hijos, como los árboles en el bosque al sentir sobre sus frondas el paso del huracán.

La fortaleza de Granaditas se llenó de prisioneros, cuyo desastroso fin no tardaría en atemorizar una vez más á los vecinos de la desventurada Guanajuato.

Las ejecuciones verificaronse sin pérdida de momento. El Conde de la Cadena—dice la Historia en sus severas páginas,—anciado de aspecto sórdido, de torva y recelosa mirada y de boca contraída por la ira y la venganza, se paseaba entre tanto por los corredores, inexorable y terrible, vigilando aquella lenta hecatombe y recreándose, al parecer, con el estallido de las acompasadas descargas."

¡Cuántas víctimas de los injustos procedimientos de partido vieron llegar su última ho-

ra, y considerados como traidores recibieron los tiros de los fusiles por la espalda, sin que una mano benéfica pudiera libertarlos de aquel tremendo sacrificio!

Y las encapotadas nubes de la desolación y la amargura tendiéronse más y más sobre la antigua capital de la intendencia, á semejanza de fúnebres mensajeros de nuevas y abrumadoras penalidades para aquella triste población que "ya no sería participante de las gracias concedidas por el Virrey á los pueblos que depusiesen las armas al presentarse las tropas reales."

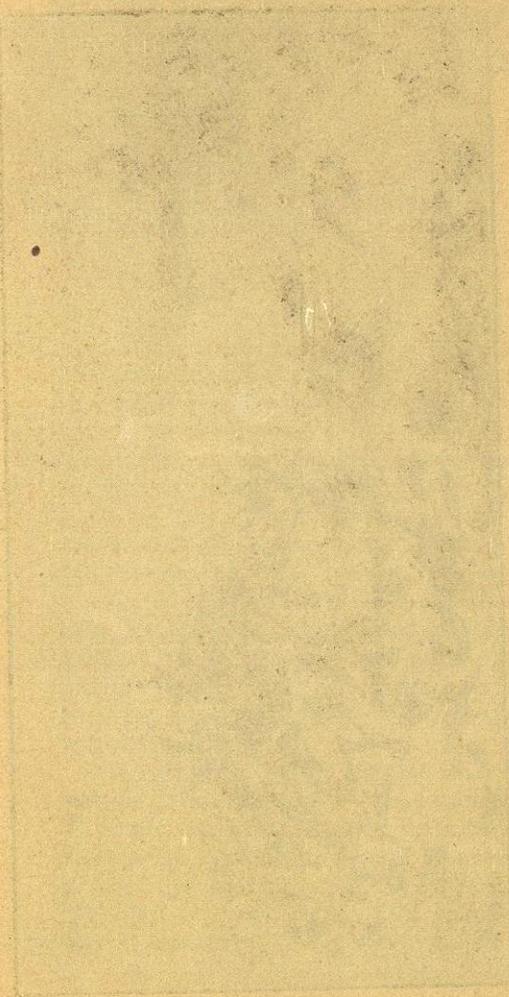
Levantáronse por orden de Calleja nueve horcas en otros tantos lugares de la ciudad, y en ellas rindieron su jornada por el mundo pobres miembros de la masa popular, que no tenían en su auxilio ni los favores de la fortuna, ni los altos timbres de un linajudo nacimiento.

Don Lucas Alamán, que no se manifestó partidario del movimiento de 1810, dice al hablar de las ejecuciones efectuadas la noche del 27 de Noviembre de aquel año, en la horca de la plaza principal: "Muchos años han transcurrido desde entonces y nunca se ha podido debilitar en mi espíritu la profunda impresión que en él hizo aquella noche de horror."

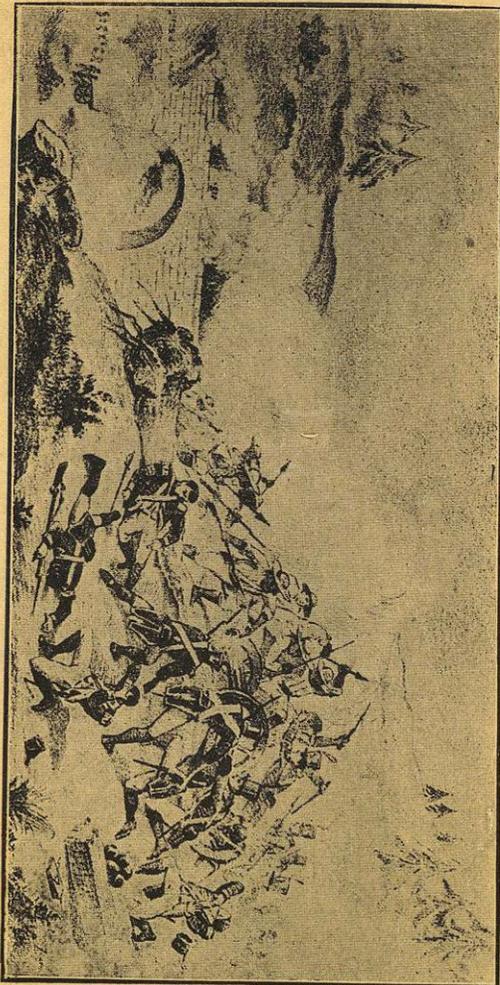
Por fin el día 29 de Noviembre, el repique de las campanas anunció la publicación del edicto, y el 10 de Diciembre abandonaron Don Félix María Calleja y su ejército el lugar del exterminio y de las hondas lamentaciones.

¡Mártires queridos, que en los albores de aquella gigantesca lucha sucumbísteis en aras de la libertad, sin que de vuestros nom-

bres quedase un recuerdo siquiera; la gratitud de un pueblo libre es brinda la corona de inmortales, en el dichoso día en que cien años se cumplen del grito de independencia! Y al traer á la imaginación vuestros hechos y vuestra gloriosa muerte, arrojamus al olvido la imagen de los rencores, hundimos en la tiniebla los fantasmas de ayer, y hacemos nuestras las frases hermosísimas del ilustre campeón, Don Vicente Riva Palacio: "La sangre de los mártires fecundiza la tierra; el que muere por su patria es un escogido de la humanidad, su memoria es un faro, perece como hombre y vive como ejemplo!"



Batalla en el Puente de Calderón.



## Guadalajara y Calderón.

Después de la derrota sufrida en Zacoalco por los realistas á las órdenes de Don Ignacio Tomás Villaseñor, el 4 de Noviembre de 1810, y considerándose casi dueño de la situación en el importante territorio de la Nueva Galicia, Don José Antonio Torres, determinó llegar á Guadalajara, al frente de sus hombres, cubiertos con los laureles de la victoria; pues en aquella memorable jornada, los humildes y aguerridos mexicanos habíanse hecho notables, como sus hermanos allá en las Cruces, por el indómito valor y las inequívocas muestras de abnegado patriotismo.

Días más tarde, los esfuerzos de los libertadores coronáronse con nuevas victorias. El ilustre sacerdote, Don José María Mereado, antiguo Cura de Ahualulco, se apoderó de Tepic, el 20 de Noviembre, y el 10. de Diciembre entraban en San Blas sus triunfadores soldados.

Guadalajara, que con toda justicia lleva también el poético nombre de "La Perla de Occidente," se fundó primero por Don Juan

de Oñate en Nochistlán, el 16 de Marzo de 1530, denominándose "Villa del Espíritu Santo;" después se cambió á Tacotlán, permaneciendo allí siete años; y por último, el 5 de Febrero de 1542, por orden de Nuño de Guzmán, fué cambiada al valle de Atemajac, que se encuentra á 1566 metros sobre el nivel del mar. (1)

El día 11 de Noviembre de 1810, Don José Antonio Torres, al frente de veinte mil hombres, verificó su entrada en Guadalajara. Las huestes vencedoras podían reputarse como la lucida vanguardia de Don Miguel Hidalgo y sus numerosos compañeros, quienes, habiéndose separado de Valladolid el 17 de Noviembre, llegaron á la capital de la Nueva Galicia, en medio de atronadores aplausos, el día 26 del propio mes.

Las primeras providencias del célebre caudillo de la insurrección fueron reglamentar en debida forma el Gobierno de la localidad y hacer lo posible porque los moradores de Anáhuac disfrutasen de todos los bienes y franquicias que corresponden á los hijos de un pueblo independiente. A este fin, y apenas llegado á la población, mandó que se publicase el bando en que se abolía la esclavitud y se derogaban las leyes relativas á los tributos. "Siendo contra los clamores de la naturaleza—decía en su interesante escrito—el vender á los hombres, quedan abolidas las leyes de la esclavitud, no sólo en cuanto al tráfico y comercio que se hacía

(1) Consúltense para mayores datos, la "Historia de la Conquista de la provincia de la Nueva Galicia," por Fr. Matías de la Mota Padilla, y el Diccionario de Curiosidades Históricas de la República Mexicana, por Don Félix Ramos y Duarte.—N. del A.

de ellos, sino también por lo relativo á las adquisiciones; de manera que, conforme al plan del reciente Gobierno, pueden adquirir para sí, como unos individuos libres, al modo que se observa en las demás clases de la República; en cuya consecuencia, supuestas las declaraciones asentadas, deberán los amos, sean americanos ó europeos, darles libertad dentro del término de diez días, so la pena de muerte que por inobservancia de este artículo se les aplicará."

El noble deseo que á Don Miguel Hidalgo guiaba de procurar por todos los medios posibles la libertad de su país y buscar para sus hermanos las prosperidades inherentes á las que disfrutaban los moradores de las naciones libres, hicieron que, apenas llegado á Guadalajara, tomase vivo empeño por reglamentar la administración pública, instituyendo aquellos cargos que estuviesen acordes con las ideas y fines perseguidos por los que simpatizaban con la buena nueva; hizo acopio de armamento y se proporcionó mayores contingentes de tropas, á fin de estar listos y sobre la marcha á las primeras noticias de la aproximación de los contrarios; pues la gente de Calleja, después de lo acaecido en Guanajuato, preparábase á tomar el camino de la Cabecera de la Nueva Galicia.

"La ciudad de Guadalajara—dice Don Niceto de Zamacois—presentaba el aspecto de una animada Corte. La disposición del caudillo de establecer allí su Gobierno, dió una fuerza poderosa á la causa de la independencia y rodeó su persona de un prestigio notable." (1)

(1) Historia de México Tomo 7, pág. 180.—N. del A.

Desgraciadamente, con la terminación de 1810 y el advenimiento de 1811, deberían coincidir las postreras horas de ventura y de confianza, y los aciagos días del sufrimiento que precedieron á las sempiternas glorias que conquistaron nuestros primeros libertadores con el martirio.

El 17 de Enero de 1811 los campos de Caiderón fueron testigos de la sangrienta lucha trabada entre el ejército de los independientes y el virreinal á las órdenes de Calleja; estando á punto de ser favorable á los primeros la fortuna. A última hora la suerte no les fué propicia; consumó la acción en favor de los segundos, "una granada de á cuatro, que cayendo en un carro de municiones, lo hizo volar é incendió la grama seca que cubría el campo llevando el aire, el humo y el fuego contra los insurgentes." (2)

La batalla terminó á las cuatro de la tarde del referido día 17 de Enero, después de seis horas de ruda brega; y cuando el toque del clarín anunciaba á los realistas la victoria, puede decirse con toda propiedad que comenzaba para los heroicos caudillos la ruta fatigosa del calvario.

Es propio de la miseria humana el cometer errores é injusticias. Ejemplos vivos se nos presentan á cada paso de grandes hombres que en su larga carrera de triunfos, de desvelos, de sacrificios, más de una vez, inclinados al mal por el consejo de mezquinas conciencias, por el ímpetu de las

(2) Bustamante; "Cuadro Histórico" Tomo I, pág. 188.—N. del A.

turbas populares, arrojaron sobre el alba purísima de sus acciones hechos reprensibles que no llegan á opacar el brillo de sus legítimas glorias; porque esos lunares surgieron de la materia impura, mientras que el espíritu, encaminado por el deber, tendía su vuelo majestuoso á través de las regiones donde impera la equidad y esplende la misericordia.

No recordemos los sangrientos episodios de que fueron teatro Valladolid y Guadalupe, episodios que nunca llegarán á empañar la grandiosa figura del padre Hidalgo, que hoy brilla como una estrella de primera magnitud en la hermosa constelación de los libertadores de México. "Si la Historia se ve precisada á consignar en algunas de sus páginas, con amargo dolor del que la escribe, pero por deber de justicia, actos que le perjudican, también consigna en líneas imperecederas, el patriótico pensamiento, el noble esfuerzo y la heroica decisión con que despreciando los peligros y la vida, dió principio á la gloriosa empresa de emancipación, que más tarde vino á realizarse." (1)

(1) Zamacois; "Historia de México," Tomo 7, pág. 211.—N. del A.